

tributar, no estando ella en mi compañía: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illa*: los deleytes siempre acaban en amargura: el mismo Trono, ó gran Dios, si vos no estais sentado en él con el Soberano, es el asiento de los mas crueles cuidados: pero vuestro temor, y la sabiduría no dexan en él pesar alguno: la posesion de ésta nunca cansa, y siempre se halla acompañada de la alegría y de la paz. *Nec enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tedium, sed letitiam, & gaudium.*

Feliz pues el Principe, ó Dios mio, que se persuade á que no ha empezado á reynar hasta que ha empezado á temeros; que se propone no aspirar á la fama sino por el camino de la virtud, y que mira como desgracia el mandar á los hombres mientras no os obedece.

Dad pues ó gran Dios, vuestra sabiduría, y vuestro juicio al Rey, y vuestra justicia al hijo de tantos Reyes: (1) vos, Señor, que sois el socorro del pupilo, dadle, con la abundancia de vuestras bendiciones, lo que le quitasteis privandole de los exemplos de un Padre piadoso, y de las lecciones de un Augusto Bisabuelo: recompensad sus pérdidas con el aumento de vuestras gracias y de vuestros beneficios: vos solo, ó gran Dios, ocupais el lugar de todo lo que le falta: mirad con ojos de Padre á este Augusto hijo, al que, por decirlo así, habeis dexado solo en la tierra, y del que consiguientemente sois el primer tutor y Padre: su infancia, Señor, que tan amable le hace á la nacion, mueva las entrañas de vuestra misericordia y de vuestro amor: cercad su juventud con los singulares socorros de vuestra proteccion: la flaqueza de su edad, y las gracias que ya brillan en sus primeros años, nos están continuamente arrancando lagrimas de temor y de afecto: asegurad, Señor, nuestros temores, apartando de él todos los peligros que pueden amenazar á su vida, y recompensad nuestro amor inspi-

(1) Psalm. 71.

randole humanidad y amor para con sus pueblos: hacedle feliz, conservando en él vuestro santo temor, que es el mayor bien de los pueblos y de los Reyes: asegurad la felicidad de su reynado con la bondad de su corazon, y con la inocencia de su vida: escribid vuestra santa ley en lo íntimo de su alma, y al rededor de su Diadema, para aligerarle su peso: haced que no sienta mas cuidados en su reynado que el dolor de las públicas miserias; y finalmente, que su felicidad y la nuestra consista mas en su virtud, que en su poder, y en sus victorias. Amen.

SERMON

PARA EL CUARTO DOMINGO
de Quaresma, sobre la humanidad
de los Grandes para con el
Pueblo.

Cum subleuasset Jesus oculos, & vidisset quia multitudo magna venit ad eum.

Habiendo Jesus levantado los ojos, y viendo una gran multitud de pueblo que venia á él. *Joan. 5. 6.*

SEÑOR.

NO es hoy lo que mas nos debe admirar el poder de Jesu-Christo, y el milagro de la multiplicacion de los panes con sola su palabra: aquel Señor por quien todo fue hecho era preciso que tuviese un absoluto poder sobre todas las criaturas que son obra suya: no quiero valerme hoy para nuestro consuelo é instruccion de lo que mas admira á los sentidos, sino de la compasion que ma-

fiesta al pueblo: al ver una multitud errante y hambrienta al pie de la montaña, se commueven sus entrañas, y se aviva su piedad: concede á las necesidades de aquellos desgraciados, no solamente su socorro, sino tambien su compasion y su afecto: *Vidit turbam multam, & miseratus eis.*

En todas partes dá señales de humanidad á los pueblos: á vista de las desgracias que amenazan á Jerusalén, alivia su dolor con su piedad y sus lágrimas.

Quando aquellos dos discipulos quieren hacer baxar fuego del cielo sobre una ciudad de Samaria, se interesa su compasion contra su zelo á favor de aquel pueblo, y los arguye de que todavía no saben cuál es el espíritu de caridad y afabilidad de que van á ser Ministros.

Sí los Apostoles apartan de él con aspereza á los niños que le rodean, se dá por ofendido su agrado de que le quieran impedir el ser accesible; y quanto mas procura un mal entendido respeto apartar de él á los flacos y pequeñuelos, mas se inclina á ellos su afabilidad y su clemencia.

Esta es la gran leccion de humanidad para con el pueblo que hoy dá Jesu-Christo á los Príncipes y Grandes: estos solo son Grandes para el beneficio de los demás: no gozan propiamente de su grandeza, sino en quanto la hacen que sea util para los demás hombres.

Es decir, que la humanidad para con el pueblo es la primera obligacion de los Grandes; y que el uso mas agradable que pueden hacer de su grandeza es esta misma afabilidad: *imploremos, &c. Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SENÑOR: todo poder dimana de Dios, y todo lo que dimana de Dios está establecido para utilidad de los hombres: los Grandes serian inútiles en la tierra, si no hubiera en ella pobres é infelices: su elevacion la deben solamente á las públicas necesidades: y tan lexos es-
tá

tá el haber sido hechos los pueblos para ellos, que quanto ellos son lo son para los pueblos.

¡Qué monstruosa sería la Providencia si toda la multitud de hombres, solamente estuviera colocada en la tierra para servir á los deleites de un corto número de felices que la habitan, y que muchas veces no conocen al Dios que los llena de beneficios!

Quando Dios ensalza á unos es para que sirvan de apoyo y remedio á los demás; á estos los confia su Magestad el cuidado de los flacos y pequeñuelos: por este medio sirven á los consejos de la eterna sabiduría: su verdadera grandeza consiste en el uso que de ella deben hacer á favor de aquellos que padecen: esta es la unica señal de distincion que Dios ha puesto en ellos: solamente son Ministros de su bondad, y de su providencia; y pierden el título, y el derecho que les dá su grandeza, luego que quieren ser Grandes solamente para sí mismos.

Y así la humanidad para con los pueblos es la primera obligacion de los Grandes: y esta humanidad encierra en sí la afabilidad, la proteccion, y las liberalidades.

La afabilidad: puede muy bien decirse, Señor, que la soberbia, que regularmente suele ser vicio de los Grandes, debiera ser como un triste consuelo solamente de la gente baxa y humilde: mas digno parece que sería de perdon en aquellos que nacen en la miseria el elevarse, ensoberbecerse, y aspirar por una secreta vanidad á igualarse con los Grandes, respecto de los que son tan inferiores por razon de su clase: nada altera tanto á los hombres de obscuro y baxo nacimiento, como la gran distancia que la fortuna ha puesto entre ellos y los Grandes: pueden lisonjarse con la vana persuasion de que la naturaleza ha sido injusta en hacerlos nacer en la obscuridad, quando ha reservado al mismo tiempo el resplandor de la nobleza y de los títulos para muchos hombres, que no tienen mas mérito que su nombre: quanto mas abatidos se contemplan, mas fuera les parece que están de su lugar: y así la altanería y la insolencia suelen ser propias de la gente mas despreciable

de la plebe: y muchas veces se ha visto en los antiguos reynados de la Monarquía, sublevarse estas gentes, querer sacudir el yugo de los Grandes y nobles, é intentar su extincion y su entera ruina.

Al contrario los Grandes, colocados por la naturaleza en un lugar tan elevado, miran como su mayor gloria el humillarse; como no les falta distincion alguna por parte de la clase y el nacimiento, solamente pueden señalarse con la afabilidad; y si acaso se les puede permitir alguna vanidad, es la de ser humanos y afables.

Tambien es verdad que la afabilidad es como el carácter mas respetable, y la mas segura señal de la grandeza. Los descendientes de aquellos nobles é ilustres troncos, cuya antigüedad de origen, y excelencia de nombre nadie puede disputarlos, no hacen ostentacion de la grandeza de su nacimiento: si esta pudiera ignorarse, dexáran á todos que la ignoráran: los públicos monumentos la manifiestan suficientemente sin que ellos cuiden de eso: su elevacion no se conoce sino por una noble sencillez; aún se hacen mas respetables no permitiendo, sino con mucha repugnancia, que se les tributen los debidos respetos: y entre los muchos títulos que los distinguen de los demás hombres, la cortesía y la afabilidad es el único de que se glorían. Al contrario los que se precian de una antigüedad dudosa, cuya nobleza y preeminencias de sus antepasados los disputa el pueblo aunque en secreto, siempre están temiendo que se ignore la grandeza de su origen, continuamente la tienen en la boca; les parece que la confirman afectando orgullo y vanidad; hacen demonstracion de sus títulos con su soberbia; y queriendo que se les tributen mas respetos de los que les son debidos, dán motivo á que se les disputen aun aquellos que se les deben.

Los que nacen para ser Grandes son los que menos caso hacen de su elevacion: el que se desvanece en el eminente grado de grandeza en que le ha colocado la fortuna ó el nacimiento, dá bien á entender que no habia nacido para subir tan alto: los puestos mas elevados siem-
pre

pre són muy inferiores á las almas grandes: nada las desvanece, porque nada hay que sea superior á ellas.

La vanidad nace de la baxeza, ó sirve de arbitrio para ocultarla: es una prueba cierta de lo que perdería el soberbio si se le examinase de cerca: con la vanidad se encubren unos defectos y unas flaquezas que ella misma manifiesta, y las hace traycion: suplen con la vanidad, si es lícito decirlo así, lo que les falta de mérito, é ignoran que no hay cosa que menos se parezca al mérito que la vanidad.

Y así, Señor, los mayores hombres, y los mas grandes Reyes, siempre han sido los mas afables: Thecutes, muger pobre, llegó á manifestar sencillamente á David sus domesticos trabajos; y al mismo tiempo que la afabilidad del Soberano templaba el resplandor del Trono, aumentaba su magestad y grandeza.

Nuestros Reyes, Señor, nada pierden por ser afables: el amor de los pueblos les asegura el respeto que les es debido: el Trono debe ser el asilo de los que llegan á él para implorar vuestra justicia, ó vuestra clemencia: quanta mayor facilidad tengan vuestros vasallos para llegar á él, mas aumentais su esplendor y magestad: ¿no es justo, Señor, que la nacion que mas ama á sus Soberanos entre todas las del Universo, tenga tambien mas derecho que las demás para acercarse á ellos? Manifestad, Señor, á vuestros pueblos los talentos y amables dones que en vos ha puesto el cielo: dexadlos ver de cerca la felicidad que esperan en vuestro reynado, porque la hermosura y magestad de vuestra persona, y la bondad y rectitud de vuestro corazon, aseguran los respetos que son debidos á vuestra dignidad, mejor que vuestra autoridad y poder.

Aquellos Príncipes invisibles y afeminados; aquellos Asueros, en cuya presencia era delito de muerte, aun para la misma Esthér, el presentarse sin su orden, y cuya vista helaba la sangre en las venas á los pretendientes, vistos de cerca no eran mas que unos vanos ídolos, sin alma, sin vida, sin valor, y sin virtud; entregados en lo mas

retirado de sus palacios á unos viles esclavos , separados de todo comercio , como si no fueran dignos de manifestarse á los hombres , ó como si unos hombres semejantes á ellos no merecieran verlos : toda su magestad consistia en la soledad y en el retiro.

La afabilidad encierra una especie de confianza de sí mismo, que dice muy bien á los Grandes, que les hace no temer el envilecerse, aun quando se abaten, y que es como una especie de aliento y valor pacífico: el ser soberbios é inaccesibles , es lo mismo que ser tímidos y cobardes.

Por otra parte , Señor , los Príncipes y Grandes que manifiestan á los pueblos severidad y desagrado son inexcusables , porque los costaría muy poco el ganarse los corazones de todos : para esto no se necesita de fuerza, ni de estudio ; basta una sola palabra , una mirada , ó un semblante gracioso : el pueblo á todo atiende en ellos : su clase dá estimacion á todo quanto hacen : solamente la serenidad del rostro del Rey , dice la Escritura Santa , sirve de vida y de felicidad á sus pueblos ; y su semblante humano y apacible , es para los corazones de sus vasallos lo que el rocío de la noche para las tierras secas y áridas: *In hilaritate vultus Regis , vita ; & clementia ejus quasi imber serotinus.* (1)

¿Y es posible que se hayan de abandonar unos corazones que pudieran ganarse á tan poca costa ? ¿No es envilecerse el hombre á sí mismo , el hacer tan poco aprecio de la humanidad ? ¿puede merecer el nombre de Grande el que no conoce la estimacion que debe hacer de los hombres ?

¿No ha impuesto la naturaleza bastante pena á los pueblos , y á los infelices , en haberlos hecho nacer en la dependencia , y aun casi en la esclavitud ? ¿no basta el que su baxa suerte , ó su desgracia , haya impuesto á su estado como obligacion , ó como ley , el andar arrastrando y tributando respetos ? ¿por qué se les ha de agravar el yugo

(1) Prov. 16. 15.

go con desprecios , y con una soberbia que tan indigna es por sí misma ? ¿no tienen bastante que sufrir con la pena de su sujecion ? ¿por qué se les ha de hacer que se averguencen de ella como si fuera delito ? ¿quién debiera avergonzarse mas de su estado , el pobre que padece , ó el Grande que abusa de su elevacion ?

Es verdad que muchas veces mas consiste en el génio que en la vanidad , el que los Grandes borren de su frente aquella serenidad que los hace afables y benignos , y que este defecto mas proviene en ellos de la inconstancia del génio , que de soberbia : entregados absolutamente á sus placeres , y cansados de los respetos , los reciben con disgusto : parece que la afabilidad les es como una obligacion importuna , que los molesta : reciben tantos honores que se cansan de ellos : muchas veces huyen de los respetos públicos , por escusar la fatiga de haberse de mostrar agradecidos : ¿pero qué insensibilidad no se necesita para hallar trabajo en manifestarse afable ! no es una especie de barbaridad , no solamente el no agradecer , sino tambien el recibir con enfado las demonstraciones de amor y respeto que nos tributan aquellos que dependen de nosotros ? , no es publicar que no merecemos el afecto de los pueblos el despreciar sus mas afeéctuosos respetos ? ¿podrán alegarse por escusa en este punto los momentos de enfado y de pesares que traen consigo los cuidados de la autoridad y de la grandeza ? ¿es acaso el génio en los Grandes privilegio que sirva de escusa á sus vicios ?

¿Pero ah ! si á algun hombre fuera permitido el ser desagradable , aspero , desabrido y molesto á los demás hombres y á sí mismo , sería precisamente á aquellos infelices , que por todas partes están rodeados del hambre , de la miseria , de las calamidades , de las necesidades domesticas , y de los mas tristes cuidados : estos serian mas dignos de escusa , si teniendo ya en su corazon el luto , la amargura y la desesperacion , manifestáran exteriormente alguna señal de sus penas ; ¿pero que los Grandes , los felices de la tierra , á los que todas las cosas lisonjean , y á

quie-

quienes acompañan á todas partes la alegría y los placeres, que estos quieran alegar su propia felicidad como un privilegio que sirva de excusa á sus altanerías, y á las extravagancias de su génio; que juzguen que les ha de ser permitido el ser molestos, inquietos, inaccesibles, porque son mas felices; que miren como derecho propio de la prosperidad, el oprimir con el peso de su desagrado á aquellos desgraciados que están gimiendo baxo el yugo de su autoridad y de su poder: ¡gran Dios! sería esto privilegio de los grandes, ó castigo del mal uso que hacen de la Grandeza? porque á la verdad, parece que las altanerías y los mas tristes cuidados son el patrimonio de los Grandes, y que la tranquilidad y la inocente alegría solamente está reservada para el pueblo.

Pero la afabilidad tiene su principio en la humanidad, y así no es como aquellas virtudes superficiales, que solamente residen en el rostro; sino que es una expresion de la ternura y bondad del corazón: el manifestarse un hombre afable sería insultar á los infelices, y burlarse de ellos, si al mismo tiempo que los mostraba un rostro agradable y risueño, les cerraba sus entrañas, y si solamente escuchaba sus quejas para ser insensible á sus trabajos.

Los desgraciados y oprimidos tienen derecho para recurrir á los Grandes y poderosos, para hallar en ellos la proteccion que necesitan: las leyes, Católicos, que atienden á la defensa de los flacos, no alcanzan á defenderlos de la injusticia y opresion: la miseria rara vez se atreve á reclamar las leyes establecidas para defenderla, porque regularmente el poder les impone silencio.

Y así, es propio de los Grandes el poner al pueblo baxo la proteccion de las leyes: la viuda, el huérfano, y todos los que son despreciados y oprimidos, tienen derecho para recurrir á su amparo y su poder; este solamente se les ha concedido á los Grandes para que le empleen á su favor; deben llevar al pie del Trono los gemidos y quejas de los oprimidos: son como el canal de

comunicacion, y el lazo que une á los pueblos con el Soberano, pues éste no es mas que el Padre y Pastor de sus pueblos: y así los pueblos son los que propiamente dán á los Grandes el derecho que tienen de acercarse al Trono; y puede muy bien decirse, que el Trono solamente se levantó á favor de los pueblos: en una palabra, los Grandes y el Príncipe son, por decirlo así, los protectores del pueblo.

Pero si los Grandes y Ministros de los Reyes en vez de ser protectores de los flacos, son los que los oprimen; si son como aquellos barbaros tutores, que despojan á sus mismos pupilos; entonces, ¡oh gran Dios! los clamores del pobre y del oprimido subirán á vuestro Trono; maldecireis á aquellas crueles familias, y arrojareis vuestros rayos sobre los gigantes: derribareis todo aquel edificio de vanidad, de injusticia y de prosperidad que se habia levantado sobre los bienes de tantos infelices, y su prosperidad quedará sepultada entre sus ruinas.

Por eso la prosperidad de los Grandes y Ministros de los Soberanos, que han oprimido á los pueblos, no ha pasado á sus descendientes, sino acompañada de la infamia, la ignominia, y la maldicion: hemos visto salir de esta raiz de iniquidad unos infames renuevos, que han sido el oprobrio de su familia, y de su siglo. Sopló el Señor contra el cúmulo de sus injustas riquezas, y las disipó como al polvo: y si aun permite que vivan en la tierra, aunque arrastrando, algunas infelices reliquias de sus familias, es para que sirvan de eterno monumento á sus venganzas, y para perpetuar el castigo de una culpa, que casi siempre perpetúa consigo la afliccion, y la pública miseria de los Imperios.

Y así la proteccion de los flacos es el unico uso legitimo que se puede hacer del poder y de la autoridad; y los socorros y liberalidades que los pobres deben hallar en nuestra abundancia es el último distintivo de la humanidad.

Católicos, si solamente Dios es quien os hizo nacer en el estado de grandeza en que os hallais, ¿qué fin pudo tener su Magestad en derramar con tanta profusion sus bienes sobre vosotros en la tierra? ¿os parece acaso que quiso con esto facilitar el luxo, las pasiones, y los placeres que él mismo condena? ¿son acaso estos dones un presente que os ha hecho en el tiempo de su indignacion? Si esto es así, si os hizo nacer en la prosperidad y en la opulencia solamente para vosotros, gozad de ella en hora buena: formaos, si podeis, una injusta felicidad en la tierra: vivid como si todo hubiera sido hecho para vosotros: multiplicad vuestros placeres, y daos prisa á gozar de ellos: el tiempo es corto: mirad que despues de esta vida no os espera mas que la muerte y el juicio, pues habeis ya recibido vuestra recompensa en la tierra.

Pero si segun los eternos designios de Dios, vuestras riquezas os habian de servir de medio y proporcion para salvaros, se infiere que su Magestad solamente mantiene pobres en la tierra para vuestro bien: vosotros ocupais acá en la tierra para con ellos el lugar de Dios: sois, por decirlo así, su providencia visible: ellos tienen derecho para clamar á vosotros, y manifestaros sus necesidades; vuestras riquezas son las suyas, y vuestras liberalidades el unico patrimonio que Dios les ha señalado en este mundo.

SEGUNDA PARTE.

Qué cosa hay mas embidiable en vuestro estado, que el poder que teneis para hacer á otros felices? La humanidad para con los pueblos es la primera obligacion de los grandes, y al mismo tiempo es el mas delicioso uso que pueden hacer de su grandeza.

Aun quando toda la religion no fuera por sí misma un universal motivo de caridad para con nuestros próximos, nuestra humanidad para con ellos quedará bien pagada con el placer que se experimenta en hacer á otros felices, y en aliviar á los que padecen: un buen corazon no necesita de otro estímulo: al que no interesa un placer tan verdadero, tan natural, y tan digno del corazon, ni ha nacido Grande, ni aun merece ser hombre: ¿qué desprecio no merece, dice San Ambrosio, el que pudiendo hacer felices á muchos, se niega á ello? *Infelix, cujus in potestate est tantorum animas à morte defendere, & non est voluntas.*

Esta parece que es una maldicion vinculada á la Grandeza: las personas que nacen en una fortuna obscura y privada no embidian en los Grandes mas que el poder que tienen para hacer gracias, y contribuir á la felicidad de otros: les parece que si estuvieran en su lugar sería su mayor dicha el derramar el contento y la alegría en los corazones, derramando en ellos beneficios, y el asegurarse para siempre su amor y su agradecimiento: el que en una condicion privada forma algunas veces estos quiméricos proyectos de llegar á los mayores puestos, el primer plan que se propone en aquella nueva elevacion es el llenar de beneficios á todos quantos condece: esta es la primera leccion de la naturaleza, y el primer movimiento que en sí experimentan los hombres de una condicion comun; solamente en los Grandes es en quien está absolutamente extinguido; parece que la grandeza los dá otro corazon mas duro y mas insensible que el de los demás

más hombres; que quanta mayor proporcion tienen para aliviar à los infelices, menos se compadecen de sus miserias, que quanta mayor facilidad tienen para grangearse el amor, y la estimacion de los hombres, menos cuidado tienen de ésto; y que basta el poderlo todo para no hacer caso de nada.

Pero, católicos, ¿qué uso mas agradable y alhagueño podeis hacer de vuestra elevacion y de vuestra opulencia? ¿será acaso el multiplicaros los respetos? Pues sabed que hasta la misma vanidad se cansa de ellos? ¿el mandar à los hombres, é imponerlos leyes? Pues sabed que éstos son cuidados de la autoridad, y no gustos de los que la poseen: el ver al rededor de vosotros una innumerable multitud de siervos y esclavos? Pero éstos mas sirven de testigos que os incomodan y molestan, que de pompa que os adorna: ¿el habitar en Palacios sumptuosos? Advertid, dice Job, que os edificais unas soledades en donde van à habitar con vosotros los cuidados y los pesares tristes: ¿el juntar en ellos todos los placeres? Estos aunque llenen estos vastos edificios, siempre dexarán vacío vuestro corazon: ¿el hallar todos los dias en vuestra opulencia nuevos medios para satisfacer vuestros antojos? La variedad de estos recursos se acaba muy presto; es preciso volver atrás, y empezar à experimentar de nuevo aquello mismo que ha hecho insipido la molestia, y que mira la ociosidad como necesario: valeos de quantos medios quisieris, de vuestras riquezas, de vuestra autoridad, y de todo quanto pueden inventar la vanidad y los placeres, y hallareis que aunque lo goceis todo, nunca quedais satisfechos: os manifestarán el contento desde lejos, pero no le introducirán en vuestros corazones.

Emplead todos esos bienes en hacer felices à otros; en hacer mas suave y llevadera la vida de aquellos infelices, à quienes el exceso de su miseria acaso ha reducido muchas veces à desear, como Job, que el dia en que nacieron hubiera sido la eterna noche de su sepulcro: entonces experimentareis qual es el placer de haber nacido

Gran-

Grandes, y gustaréis la verdadera dulzura de vuestro estado, pues éste es el verdadero privilegio que le hace embidiable: toda esa vana exterioridad que os rodea es para los demás, pero este placer es para vosotros solos: en todo lo demás se hallan amarguras, y solo este consuelo las suaviza: es muy distinto el consuelo y el deleyte de hacer bien, que el de recibirle: éste es un placer que nunca cansa, antes bien quanto mas se goza, mayores deseos excita en el corazon de volver à experimentar: la prosperidad propia suele degenerar en costumbre, y llega à perder su dulzura; pero el gusto de ser autores de la prosperidad de otros hombres, siempre se está experimentando: cada beneficio que hacemos ofrece à nuestra alma este secreto y agradable tributo: el largo uso de los placeres suele endurecer el corazon, pero este placer siempre le halla mas sensible.

¿Y que cosa hay, Señor, mas deliciosa para la Magestad del Trono, que el poder hacer gracias? ¿qué sería del poder de los Reyes, si estuvieran condenados à gozar de él ellos solos? No sería mas que una triste soledad, horror de los vasallos, y suplicio del Soberano: el uso de la autoridad es su mayor placer; y la clemencia y la liberalidad son las que la hacen amable.

Aun hay otra razon: además del placer que se experimenta en hacer bien, y que nos dexa bien pagados del beneficio, debeis manifestar afabilidad y agrado en el uso de vuestro poder, como dice el Espíritu Santo; y esta es la gloria mas segura y mas permanente à que pueden aspirar los Grandes: *In mansuetudine opera tua perfice, & super hominum gloriam diligeris.*

Señor, ni la clase, ni los títulos, ni el poder, nada de esto hace amables à los Soberanos: tampoco los hace amables los grandes talentos que admira el mundo, como el valor, la superioridad de ingenio, el arte de convinar la variedad de genios, y de gobernar los pueblos: estos grandes talentos en tanto los hacen amados de sus pueblos, en quanto los hacen afables y benéficos: en tanto

K 2

se-

sereis grande, Señor, en quanto seais amado de vuestros vasallos: el amor de estos ha sido siempre la gloria mas verdadera, y menos equívoca de los Soberanos; y los pueblos solamente aman en éstos las virtudes que hacen felices sus reynados.

Y à la verdad, ¿puede haber para los Príncipes gloria mas pura, y que mas los interese que la de reynar sobre los corazones? La gloria de las conquistas siempre está teñida de sangre, y acompañada de la carniceria y la muerte: para conseguirla es necesario hacer infelices à muchos: el fausto que la rodea es funesto y lúgubre; y muchas veces el mismo Conquistador, si es humano, derráma lágrimas entre sus propias victorias.

Pero la gloria, Señor, de ser el Príncipe amado de su pueblo, y de hacerle feliz, está rodeada de la alegría y la abundancia: para inmortalizar su nombre no hay necesidad de levantarle soberbias estatuas y columnas; él mismo se forma en el corazon de cada vasallo un monumento mas durable que el acero y el bronce; porque el amor, que es el que le fábrica, es mas fuerte que la muerte: el título de conquistador solamente está escrito sobre el marmol, pero el de Padre de los pueblos está gravado en los corazones.

Qué mayor felicidad para un Soberano, que mirar à todo su reyno como à su familia, y à sus vasallos como hijos propios? ¿El vivir persuadido à que es mas dueño de sus corazones, que de sus personas y bienes; y el ver, por decirlo asi, confirmar cada dia la primera eleccion que hizo la nacion quando colocó à sus mayores sobre el Trono? ¿puede igualar à este placer la gloria de las conquistas, y de los triunfos? además de que, Señor, si os dexais llevar de la gloria de los Conquistadores, empezad ganando los corazones de vuestros vasallos: esta conquista os asegura la de todo el Universo: un Rey amado de una nacion valerosa como la vuestra, nada tiene que temer, sino el exceso de sus prosperidades y victorias.

Reparad en aquella multitud à quien Jesu-Christo ali-

alimenta oy en el desierto: quieren aclamarle por su Rey: *Ut raperent eum, & facerent eum Regem*: ya que no pueden colocarle sobre el Trono de David, y de los Reyes de Judá sus antepasados, le forman un Trono en sus propios corazones: su afabilidad y compasion son las señales por donde conocen en él su derecho al reyno: ah! si los hombres hubieran de elegir Soberanos, no escogerian à los mas nobles, ni à los mas valientes, sino à los mas humanos y compasivos, à unos Príncipes que fuesen al mismo tiempo sus Padres.

Dichosa la nacion, ó gran Dios, à quien destinais en vuestra misericordia un Soberano de estas prendas: nosotros estamos viendo unos felices presagios de esta dicha: la clemencia y magestad que vemos pintada sobre el rostro de ese Augusto Niño, nos anuncian ya la felicidad de nuestros pueblos: sus inclinaciones afables y benéficas aseguran y aumentan cada dia nuestras esperanzas: cultividad, ò Dios mio, estas primeras prendas de nuestra felicidad: Haced que sea tan amante de su pueblo, como el piadoso Príncipe à quien debe su nacimiento, y el que no hicisteis mas que manifestar à la tierra: bien sabeis que solamente deseaba reynar para hacernos felices: miraba nuestras miserias y aficciones como aficciones y miserias propias suyas, y como si su corazon formára un solo corazon con el nuestro: crezca la clemencia y la misericordia con la edad en este precioso Niño, y circúlen por sus venas con la sangre que recibió de un Padre tan compasivo y misericordioso: sea el agrado y magestad de su frente una imagen de la de su alma: haced que ame tanto à su pueblo como es amado de él: que el afecto que la nacion le profesa sea la regla de su amor à la nacion: de este modo será tan grande como su Bisabuelo, mas glorioso que todos sus antepasados, y su afabilidad será la fuente de nuestra felicidad en la tierra, y de la suya en el cielo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION:
sobre las señales de la grandeza de Jesu-
Christo.

Hic erit magnus.

Será Grande. *Luc. 1. 52.*

SEÑOR:

Quando los hombres pronostican de un jóven Príncipe que ha de ser grande, no se figuran con esta idea mas que victorias y prosperidades temporales: no fundan su futura grandeza sino sobre las públicas desgracias; y las mismas señales que anuncian el resplandor de su gloria, son como siniestros presagios, que solo prometen calamidades à la tierra.

Pero la grandeza de Jesu-Christo que hoy anuncia el Angel à Maria, no se funda en estas vanas y lúgubres señales: el lenguaje del cielo y de la verdad en nada se parece al error y à la vanidad de las adulaciones humanas, y Dios nunca habla con el hombre.

Jesu-Christo será grande, porque es Santo è hijo de Dios: *Sanctum, vocabitur filius Dei*: porque salvará à su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum*, y porque su reyno nunca se ha de acabar: *Et regni ejus non erit finis*. Estas son las señales de su grandeza: una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

Estas son tambien las señales de la verdadera grandeza: esta, Señor, no la deben buscar los Príncipes y Grandes en la elevacion del nacimiento, en el resplandor de los títulos y victorias, ni en la extension del poder

y

y autoridad: solamente serán grandes, à imitacion de Jesu-Christo, en quanto sean santos y útiles à los pueblos, y en quanto su vida y su reynado sea un modelo que se perpetúe en todos los siglos: de este modo tendrán, como Jesu-Christo, una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

I. PARTE. Señor: el eterno origen de Jesu-Christo, y su título de Hijo de Dios, que es el título esencial de su santidad, lo es tambien de su grandeza y eminencia: no se llama grande porque cuenta entre sus Progenitores reyes y Patriarcas, ni porque circúla por sus venas la mas Augusta sangre del Universo: es grande porque es santo, è hijo del Altísimo: toda su grandeza tiene su principio en el seno de Dios de donde salió: y el gran misterio de sus eternos fines, que hoy se manifiesta, recibe todo su esplendor de su nacimiento Divino.

Nosotros nada tenemos de grande sino lo que proviene de Dios: sí, Católicos, aunque los Grandes se gloríen de tener, como Jesu-Christo, Príncipes y Reyes entre sus mayores, si no tienen mas gloria que la de sus abuelos, si toda su grandeza consiste precisamente en su nombre, si no tienen mas virtudes que sus títulos, si es necesario recurrir à los siglos pasados para hallarlos dignos de nuestros respetos, su mismo nacimiento los deshonra y afrenta aun à los ojos del mundo; contradicen con sus acciones personales la nobleza de su nombre; y asi la memoria de sus antepasados es su mayor oprobrio: las historias en que se hallan escritas las hazañas de sus padres son testigos que deponen contra ellos: no se halla la imagen de aquellos gloriosos progenitores en unos sucesores indignos: sus nombres carecen de las virtudes que en otro tiempo honraron à la patria: y el conjunto de gloria que han heredado no es mas que un peso de infamia que los afrenta y oprime.

Con todo eso, la mayor parte de ellos hacen alarde y vanidad de la nobleza de su origen: cuentan los grados de

de